

Petrel, a media hora de Elda, queda al pie de cerradas montañas que invaden el cielo. El castillo es otra nota árabe de tristeza. La prosa del escritor tantea calles y casas con morosa delicia.

Luego vendrá Monóvar, donde empieza y termina la ruta alicantina. De pueblo a pueblo hay poca distancia. Y es entre Monóvar y Yecla donde está todo el orbe azoriniano. El niño José Martínez Ruiz ha ido en carro desde la casona natal, en Monóvar, a Yecla. Quedará como alumno interno en los Escolapios. Nos hablará de sus melancolías de niño cautivo que todo lo presiente.

Mira la lontananza gris de retorno a Monóvar. El pueblo aparece al otro lado de una asomadilla. ¿Qué joven iniciado no se detendrá a soñar entre los olivos del camino?

RICARDO DE VAL



Tres escritores extremeños (Micael de Carvajal, José Cascales Muñoz, José López Prudencio)

Por FRANCISCO ELIAS DE TEJADA

Volumen octavo de la Colección de Estudios Extremeños (Sección de Literatura), publicados por los Servicios Culturales de esta Excelentísima Diputación Provincial

DE VENTA EN LAS PRINCIPALES LIBRERIAS DE CACERES

"La Sangre de la Raza"

Al genial novelista extremeño, Antonio Reyes Huertas en la fiesta de su homenaje.

Me preguntan, por qué
este libro me encanta.
Por qué leo y releo
la Sangre de la Raza.

Por su brillante prosa
sobre cristal tallada,
donde fulge la imagen
como encendida araña
del salón, donde honran
la lengua castellana.

Por pintar el paisaje
en acuarela mágica
con rumores de arroyos
y perfume de jaras
y balidos de ovejas
y mujidos de vacas
y coplas de yunteros
labrando la besana.

Por los tipos que van
animando sus páginas,
tan humanos, tan vivos,
que se salen del área
del libro, y por la vida
al lector acompañan
y a pasear le invitan

por aquel Torrealta,
bulliciosa en su típica
fiesta La Candelaria
o en sus tranquilas horas
de vida cotidiana.

Por ese graciosísimo
boticario que habla
con sentido, de todo
lo que en el pueblo pasa;
filósofo que lleva
su ciencia a la palabra.

Por Frasco, el cortijero,
de La Milllona, guarda;
sabio en cuentos refranes
y en gramática parda,
que adora al señorito,
como adoró a su ama.

Por los hombres humildes
criados de la casa,
que tienen sus quehaceres
limpiando las senaras,
pastoreando ovejas,
ordeñando las vacas,
talando las encinas
o cazando alimañas.

Por César de Medina.

Náufrago de la barca
que el temporal deshizo
en la mar cortesana,
arribando, maltrecho,
en la serena playa
de *La Millona*, dehesa
que fecunda el Guadiana.

Por la sin par Dolores,
mujer, llena de gracia,
señorial en su porte,
hacendosa en su casa,
honesta en sus costumbres
y llevando en sus blancas
manos, el pan al pobre,
con caridad cristiana.
¡Dolores! La que a César,
con su cariño salva!

Por ese idilio tierno
que empiezan las miradas
y enojan los suspiros
y bordan las palabras
que César y Dolores,
van tejiendo con pausas
tormentosas de celos

Abril, 1952.

y altiveces de casta
y despegos crueles
por dudas infundadas...
¡Todo ese fuego oculto
donde el amor se abrasa
entre dolor y gozo,
y sonrisas y lágrimas...

Por el tono elevado
privativo del alma
del egregio poeta
y prosador. Su gracia,
que es ternura, emoción,
sentimiento, fragancia
de ese lirio divino
que es la fé; la que salva
difundiendo fervores
y claridades santas.

Por eso me conmueve,
me seduce y encanta.

¡Porque el alma extremeña
estremece sus páginas,
y se siente fluir
la Sangre de la Raza.

MANUEL MONTERREY



TERCERA PALABRA

¡MULIER, ECCE FILIUS TUUS!.. ¡ECCE MATER TUA!

SOBRE el profundo zafiro del cielo incopiable de Galilea destaca su contorno el edificio armonioso y claro de la Sinagoga. En la calma perfumada de la tarde primaveral semeja una paloma que se quedó dormida, soñando inocencias, sobre la mancha ocre del caserío nazareno, recogido y humilde.

Es un sábado, día ritual de descanso y plegaria. El día de Yahwe, el Señor Dios de Israel. Y es un sábado cercano a la gran Pascua...

Dentro de la Sinagoga la estancia, sobria y escueta, desborda de creyentes dispuestos a escuchar la palabra del Volumen Santo. Va a dar comienzo la lección sacra. El Rabbí, o maestro, está ya sobre la plataforma. Es una figura macerada y ascética y su rostro, enmarcado en la plata ondulante de la barba mosaica, tiene la fina transparencia del marfil antiguo... Cerca, el Hazzán va disponiendo pausadamente los rollos de pergamino bermejo donde perdura la palabra de Yahwe, que el Rabbí debe leer aquella tarde.

Hay un silencio pasmado, anhelante... La voz del Rabbí entonada y solemne formula la fe y recita la plegaria ritual. Luego el Hazzán pasa a sus manos el rollo que contiene la Ley.

El silencio se ahonda hasta tornarse pungente, casi doloroso... La voz del Rabbí, ahora más penetrante y algo monótona, vuelve de nuevo a llenar la estancia... Y leyó: «...el cordero será sin mancha»... «y lo tendréis guardado hasta el día catorce de este mes, y toda la multitud de los hijos de Israel lo inmolará por la tarde»... Y el silencio se adelgaza, se afina cada vez más...

Vuelve a leer el Rabbí... Y su acento trae el eco lúgubre de la tremenda profecía: «Yahwe cargó sobre él la iniquidad de todos nosotros»... «Y ofreciendo su vida en sacrificio por el pecado, tendrá posteridad».

La voz del Rabbí se quebró de pronto. Sin saber de donde, un grito —más que palabra humana, el trino dulcísimo de un ave herida empapada de angustia— se fundió con las últimas palabras del Rabbí: «¡Madre!»...

II

Sobre el horizonte, inflamado en la llama purpúrea de la tarde que muere, se recortan las siluetas adorables... Un niño... Tendrá nueve años, diez años... Blanco y rubio, como un sueño celeste; sus ojos garzos, inmensos, reverberan toda la luz misteriosa de un mun-